

Amusa

Lamusa

Copyright © 2024 por May López

Primera edición, marzo 2024

© Arte de la cubierta de Alicia de Andrés

© Diseño de la cubierta de Laura Soriano Maquilón

Corrección y maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-126617-7-4

Depósito Legal: SE 581-2024

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

May López

Lamusa

Corrección de
Pilar Caballero

 Crononauta

*Para toda aquella alma perdida que haya decidido
que cuanto hacemos no es arte, sino cuento.*

*Va por ti, va por mí,
va por todas mis compañeras.*

*Porque aquí importamos todas,
todas somos la primera.*

«ARTES SERVIUNT VITAE, SAPIENTIA IMPERAT».

Séneca, *Cartas*, 85, 32.

Introitus: Requiem aeternam

Villamarea de la Sal, 1815

El cielo era cómplice del horror ante la proximidad de la muerte. La luna parecía querer exhalar su último aliento aquella noche, envuelta en el resplandor rojizo que el sol, con su amenazadora presencia tras ella, le había impuesto como un manto de penitencia. Las estrellas, apenas parpadeos frente al fulgor de aquella luna de sangre, guiaban inútilmente los pasos de la figura que avanzaba por el camino junto al campo salino.

El olor a mar impregnaba el aire y permitía que el hedor a muerte que desprendía aquella criatura pasara desapercibido. Caminaba despacio, con un destino fijo, sin un solo quiebro en su procesión.

Al final del sendero, alzándose sobre una colina, la casa de la Santa la invitaba a acercarse, aun sabiendo qué pasaría si cruzaba su umbral.

Se detuvo a cinco pasos exactos del arco que marcaba el inicio de sus dominios. Levantó la mirada vacía al cielo y esperó. *Ella* vendría a buscar su poder, y no al revés.

El sonido de la tierra al ser aplastada obligó a la figura a volver a mirar al frente. Allí estaba Milagros, la joven a la que tanto tiempo llevaba aguardando. Los oscuros tirabuzones le caían como cascadas de penumbra sobre el rostro y el pecho, enmarcando aquellos ojos en los que parecía contener todos los colores del mundo. No sonreía, y adivinó que había estado llorando. En el interior de la figura, la necesidad creció, a punto de desbordarse. Contempló la angustia y el miedo que rodeaban a la muchacha y se relamió cuando ella le tendió el pequeño objeto que llevaba entre las manos.

La criatura sonrió mostrando los afilados dientes y dejó que un brillo de satisfacción quebrara la negrura de sus cuencas vacías. Milagros permanecía inmóvil, sosteniendo aquella pequeña placa de alfarería en la que había plasmado los temores más oscuros de su corazón.

Extendió las huesudas manos hacia el regalo de la joven y lo tomó para sí. Contempló con absoluta devoción cómo Milagros había representado su propia vida sobre la pieza: la muerte de su madre tras su nacimiento, su infancia rodeada de los lienzos que no podía parar de inundar de formas y colores, la muerte de su abuelo bajo las ruedas de un carro y, por último, la suya propia, que tendría lugar en apenas unos minutos.

La criatura sonrió de nuevo, pletórica, y se acercó aquella macabra obra de arte a la cara. Al instante, desapareció y, en su lugar, dos ojos del color de las pesadillas más horribles llenaron las cuencas del demonio. En ellos, Milagros estaría viendo lo que ya había representado sobre la arcilla: su propio fin.

Sin aguardar más, aquella figura extendió la mano hacia la joven, invitándola a acompañarla. Tras aceptarla, ambas comenzaron a desandar el camino que la criatura había recorrido poco antes.

La luna pareció brillar aún más cuando se adentraron en una de las salinas. Milagros avanzaba despacio, temerosa al saber lo que le esperaba, y su guía se alimentó de aquel miedo como alguien hambriento lo haría de un mendrugo inesperado. Una brisa las rodeó y la joven pudo percibir con claridad

la putrefacción que se escondía bajo los harapos de la criatura.

Se detuvieron en el centro de la parcela y Milagros, ya totalmente perdida, sacó del bolsillo de su delantal una pequeña espátula de metal. El demonio, sonriendo, acarició el rostro de la joven con sus húmedas manos y se agachó para ponerse a su altura. Allí, en el fondo de sus ojos, le mostró a su pequeña alfarera qué debía hacer. Ya no habría más dolor, no habría más soledad, no habría más desesperación.

Solo oscuridad.

En ese momento, justo cuando Milagros estaba alejando la espátula todo lo posible de su cuerpo para asestar el golpe que la mataría, algo roció a la criatura, empapándola.

El demonio chilló de dolor al sentir las quemaduras que el agua bendita le estaba causando y se giró. Allí, en el borde mismo de la salina, la Santa lo miraba con gesto desafiante. Aquellos dos pozos azules como el mar lo maldecían en silencio y, cuando ella esbozó una sonrisa, supo que algo iba mal.

Otra rociada de agua bendita lo sacudió de arriba abajo y volvió a chillar. Entonces, Milagros saltó sobre él y le clavó la espátula afilada en el lugar donde debería haber tenido el corazón.

—Por el mal que causas a todo aquel que solo quiere traer belleza a este mundo de penurias y tinieblas, yo te maldigo y te ato a este lugar, Lamusa —escupió Milagros, con la voz preñada de odio y desesperanza a partes iguales—. Que la sal sea tu tumba y sus gentes, tus custodios.

La criatura aulló de pura agonía mientras la Santa se acercaba y terminaba de vaciarle su odre de agua bendita sobre el rostro. Los cristales de sal comenzaron a sacudirse bajo su cuerpo y, poco a poco, el demonio fue hundiéndose en lo más profundo de una pequeña parcela perdida de la mano de Dios, en un pueblo que nadie recordaría jamás: Villamarea de la Sal.

Kyrie eleison

Portento.

Dicen que soy un auténtico portento. Que soy un talento nunca visto en este pueblo, una encarnación de la Voluntad para crear belleza a través de la sensibilidad que Dios me ha dado...

Dios...

Al diablo con Dios.

Dios no me devolverá a mi padre.

Los artistas no tenemos hueco entre las paredes del palacio de cristal de Dios. Vivimos condenados a disfrutar de cuanto creó y deformarlo bajo nuestras pasiones y pecados. No aportamos belleza, sino vicio. No aportamos serenidad, sino impulsos... El empuje para coger cuanto queramos y rehacerlo a nuestro antojo, de incendiar el mundo hasta sus mismos cimientos y llegar a sacar de sus cenizas el

rostro de una realidad nueva, donde el propio deseo se antepone a la objetividad que Dios impuso.

No, los artistas no vamos al cielo...

Ya lo decía mi padre...

«Pon flores sobre mi tumba antes de que llegue mi cuerpo, que el aroma de la victoria frente a la muerte sacuda el infierno cuando cruce sus puertas y el mismísimo Satanás me dé la bienvenida con vino y ovaciones».

Eso era el arte para él, una forma de sobrevivir al mundo que nos rodea, de hacer que el aroma de las flores no desaparezca y quede plasmado en un lienzo o una palabra. Eso era el arte para mí, la supremacía de lo inmortal sobre lo que queda atrás.

Hubo una época en la que yo me sentí así: una hoja nueva en una rama llena de flores preciosas. Aun sabiendo que jamás sería una flor, no podía evitar alegrarme cada vez que una de ellas florecía, al igual que me era imposible no llorar cuando se marchitaban y caían. Por eso, el día que en mi tallo tuvimos nuestra propia flor, me esforcé por alimentarla hasta la saciedad, sin saber que moriría antes de lo previsto. Mi padre se marchó, su flor se desprendió y rozó el suelo con una delicadeza que yo, hoja como nací, jamás podré emular cuando me seque y vuelva a la tierra.

Ya no pinto ni escribo.

Mejor dicho, yo no pinto ni escribo.

Desde aquella mañana en la que empecé a despreciar el olor del lugar en el que vivo, ese maldito regusto a sal que se cuele en cada maldita grieta de esta maldita aldea perdida de la maldita mano de Dios, no he vuelto a coger un lápiz ni un pincel.

No quiero.

No puedo.

No me dejo.

Y es que el poco brillo que tenía como hoja en una rama compartida con una flor se apagó el día que Domingo Lluvia, mi padre, apareció muerto en las salinas que hay al bajar el camino que lleva a nuestra casa desde el pueblo.

Entre los cristales carmesíes que rodeaban el rostro desfigurado de mi padre enterré lo poco que había heredado de él: el nervio, el duende, la inspiración... Llamadla como más os guste. La musa que me acompañaba desde hacía diecinueve años, esa que compartía el rostro de la persona a la que tanto había querido, murió acuchillada por mi pena aquel mismo día. Y no tengo intención alguna de resucitarla.

Ya me avisó.

Ella vigila. Ella observa. Ella está entre nosotros.

Y a pesar de no saber qué tipo de enajenación le embargó para decirme aquel sinsentido unas horas antes, algo se cerró dentro de mí.

No creo en cuentos de viejas, pero no pienso volver a crear.

Por nada.

Ni por nadie.

Sequentia: Dies irae

El peregrinaje al que se sometía a diario para vaciar la mente la llevó hasta la orilla de la salina donde murió su padre. Se sentó en el tronco que hacía las veces de traviesa de la valla y aspiró fuerte por la nariz. Solo la sal le inundó los pulmones. ¿Qué esperaba? ¿Poder respirar el aroma de la colonia barata que solía utilizar él, en medio de aquel pozo muerto que era Villamarea de la Sal?

Dejó que la línea del horizonte dividiese sus pensamientos en dos, relegando una vez más el recuerdo de Domingo Lluvia a un cajón que no volvería a abrir en varios días. Suspiró y se le secó la lengua.

—En cuanto pueda, me piro de este puto pueblo de mierda... si no me mata él antes.

Grandes palabras para una gran artista como Brenda Lluvia, por supuesto. Pero era cierto, estaba

harta de aquel lugar. No quería seguir allí ni un maldito día más. Al mirar a su izquierda, vio la silueta de la que había sido su casa durante los últimos nueve años, recortándose contra el cielo permanentemente nublado de Villamarea de la Sal.

—Ya no es más que un panteón de cuadros destrozados por la humedad y recuerdos que tendré que arrancarme a tirones para salir adelante...

Un timbre la obligó a mirar en la dirección opuesta. Por el camino empedrado, por no decir descuajerinado, que llevaba al centro del pueblo venía una chica que intentaba no dar con los dientes contra las piedras del suelo, mientras su bicicleta oxidada y destartada se esforzaba en justo lo contrario. Contempló durante unos larguísimos segundos cómo la muchacha batallaba con el manillar para dirigir el vehículo entre aquel empedrado tan irregular sin caerse, hasta que, en un alarde de fingida cordialidad, Brenda fue a hacerle un gesto de saludo. La recién llegada la miró en ese momento; acto seguido, pilló un bache y salió volando hacia delante, chocando contra una Brenda que se mantuvo sobre la valla a duras penas.

—¡Perdón, perdón, perdón, perdón! —dijo la chica, separándose con rapidez del abrazo de Brenda, colorada hasta las cejas—. No esperaba que la carretera estuviera tan mal.

—¿No se te ha ocurrido bajarte de esa cosa? —le preguntó Brenda, alzando una ceja con desdén mientras señalaba la bicicleta, que se retorció en el suelo como las entrañas de un animal metálico—. ¿Estás bien?

La chica se miró de arriba abajo y entonces abrió los ojos con pasmo al ver que llevaba toda la pierna llena de grasa de la cadena de su «casi» asesina. Luego suspiró.

—Nada que una buena ducha no pueda arreglar. Gracias por ayudarme.

—No ha sido nada.

Observó cómo evaluaba la bicicleta, como si temiese haberla roto para siempre. Algunos rizos castaños caían como una cascada ocultándole el rostro mientras los brazos, fuertes pero delicados al mismo tiempo, enderezaban aquel trasto y palpaban la chapa.

—Bueno, yo me marchó. Ten cuidado a la vuelta —soltó Brenda, algo agobiada por la situación.

Se apartó de la valla para emprender el camino de regreso a su casa, pero la voz de la muchacha la detuvo.

—No me has dicho cómo te llamas.

La miró como si le hubiese hablado en otro idioma. Entonces se fijó más en ella: tez morena, rizos

oscuros recogidos en una cola y dos enormes ojos marrones cuya tonalidad no habría podido describir por más que lo hubiese intentado. Por un instante, estuvo tentada a responder el gesto amistoso de aquella joven. Le sonreía de verdad, como hacía tiempo que nadie en el pueblo le sonreía. Acostumbrada como estaba a la lástima con la que la trataban los vecinos desde la muerte de su padre, se le había olvidado lo que era que alguien le mostrara simpatía de manera genuina. Le pareció que las nubes se oscurecían aún más sobre sus cabezas, como si solo la muchacha aportase algo de vida a aquel mustio paisaje salino.

Le devolvió la sonrisa.

—Brenda, ¿y tú?

La joven ensanchó aún más la suya y respondió:

—Enora.

Entonces, Enora cogió su bicicleta moribunda del suelo y se marchó por donde había venido. Brenda ni siquiera tuvo tiempo de cuestionarse hacia dónde se dirigía antes de toparse con ella... aunque se alegraba de que hubiera sucedido.

«Quizá aún quede algo de vida en Villamarea de la Sal, después de todo».

